

SOBRE EL SENTIDO DE LA PROPUESTA ARQUITECTÓNICA MINIMALISTA *

MARÍA ANTONIA FRÍAS, ANA BELÉN DE ISLA Y SARA LÓPEZ
E.T.S. de Arquitectura de la Universidad de Navarra

On the meaning of the minimalist architectonic proposal

Architecture and anthropology go hand in hand. Behind every architectural vision, there lies a vision of man, of the world and of God. In the final analysis, human values and transcendental values are the foundations of any architectural accomplishment. Revelation, the Christian view of the world, also has a lot to do with architecture. Contrary to hedonism and the physiologist reduction, the minimalist architectonic proposal possesses profound human values, a spirituality that is linked to all true works of art. Simplicity, plainness, silence, the beauty of day-to-day, detail, purity, cleanliness... are Christian values artistically expressed.

La cuestión del sentido en la arquitectura

Leemos en la Encíclica *Fides et Ratio*: “... el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia”. La necesidad de sentido lleva al hombre a hacerse preguntas de cuya respuesta depende la orientación que se dé a la propia vida.

Efectivamente: también en el ámbito de la teoría arquitectónica, históricamente considerada, comprobamos que siempre se han venido planteando esas preguntas claves. Interrogaciones acerca de la naturaleza de la arquitectura, de su fin último, pues como creación humana, se asocia a su vida y se involucra de algún modo en su propio destino.

* La clasificación por epígrafes ha sido establecida por el Editor (*N. del E.*).

Son preguntas realizadas habitualmente con intención científica y artística desde la razón, aunque alguna vez se han intentado incluso plantear y resolver expresamente desde la fe. De hecho, hubo un tiempo en el que el hombre pensó que la arquitectura que tendría mayor grado de certeza sería la revelada por Dios. Y desde el encargo hecho por Felipe II a los padres Prado y Villalpando para que investigaran en los distintos episodios en los que, en la Biblia, Dios revela el templo que ha de serle construido, se sucedieron los intentos de dar figura a esa revelación oral, en los muchos tratados existentes sobre el Templo de Salomón.

Sin llegar a pretensión tan extrema y seguramente ilusoria, cabe una orientación que se podría calificar como más profunda, en la que la teoría de la arquitectura, ciñéndose a su propio ámbito, permite que la operación racional humana se ejerza de modo verdaderamente libre. Con una libertad que al reconocer sus límites encuentra el ámbito del que recibe su impulso. Los artistas son muchas veces excepcionales testigos de ello.

En el fondo de toda realización arquitectónica verdaderamente artística —y más especialmente en los templos—, el hombre busca que también los valores trascendentes encuentren una adecuada expresión. La arquitectura sagrada permite, favorece, simboliza el encuentro del hombre con Dios. La arquitectura civil, incluso la doméstica, hace algo paralelo respecto a las restantes actividades humanas, sociales o privadas interesándose en el sentido de su vida. La arquitectura proporciona el marco idóneo en el que el hombre puede encontrarse a sí mismo y actuar de manera consecuente con lo que sabe que es.

De todo ello pueden hablar ciudades y edificios, pero a estas producciones arquitectónicas ha acompañado siempre un discurso teórico, que comienza a ser desarrollado por los propios arquitectos, y que se ha hecho más explícito en los momentos en que, por coincidir con un cambio cultural, es más necesario implantar o difundir una nueva propuesta.

Y es que las propuestas arquitectónicas nunca han sido exclusivamente estéticas. La defensa de lo verdadero y de lo bueno en arquitectura ha impregnado siempre la propuesta formal. Incluso en las vanguardias, cuando se hace profesión de fe en la autonomía del arte, lo verdadero alcanza al menos la defensa de la naturaleza del material y la adecuación a su técnica, lo mismo que la prioritaria utilidad funcional no es sino otro aspecto del bien.

La más reacia oposición que encontraron estos movimientos, la que defiende la tradición y el clasicismo contra ellos, lo hace precisamente por ver ahí amenazados valores no meramente estéticos: apoya la espiri-

tualidad humana frente al posible hedonismo o reducción fisiologista, y también el respeto y el orden que se supone unido a la jerarquía perdida, frente a un previsible igualitarismo en lo mediocre¹.

Pero la arquitectura moderna, en su desarrollo, evolucionó rápidamente extendiendo la racionalidad de su propuesta de lo fisiológico a lo psicológico y social, tuvo también en sus orígenes un planteamiento ético (aunque distinto) y no excluía –aunque no siempre lo confesara– la espiritualidad que por naturaleza está ligada a toda verdadera obra de arte.

Pasado el momento revolucionario, la recuperación de los valores intemporales de la arquitectura se une con la atención al lugar y a la situación concreta. Posteriores propuestas afectan a la incorporación de valores significativos con apoyo en la historia o en lo popular, buscando un respaldo mayoritario. Hasta llegar al momento actual en el que, junto con cierta exaltación de la fragmentación y el caos, simbólicamente representados, se advierten posturas que –como el minimalismo que vamos a considerar– suponen una decidida búsqueda del orden y la serenidad.

Los valores en la arquitectura actual

Las propuestas arquitectónicas son culturales. Cada cambio cultural incluye una nueva arquitectura, y viceversa: podemos afirmar que una tendencia arquitectónica emergente nos indica la formalización de una postura diferente ante el hombre y lo humano: el mundo y su trascendencia.

En el panorama cultural actual, la abundancia de recursos que la conciencia del pasado y la total e instantánea información del presente pone a nuestro alcance, puede representar la tentación de una elección indiferenciada. También en la arquitectura, tal y como se refleja en la Encíclica: “... La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas [...] todo se reduce a opinión”.

Esto se traduce en la arquitectura en una actitud que puede llevar a pensar que todo vale, que no hay valores universales que sirvan para juzgar la bondad de una propuesta. Algunos críticos reflejan así esta postura: “Cada arquitecto se relaciona con su época a través de la actitud que asume frente a la pluralidad de valores que presenta la cultura

1. En España el arquitecto Luis Moya Blanco asume esta postura, mantenida en intervenciones que se han hecho célebres, como su conferencia en la Academia Breve “La arquitectura cortés”, recogida en *Revista Nacional de Arquitectura*, 56-57, (agos.-sept. de 1946).

del momento; por consiguiente, la arquitectura actual, vista en conjunto, no deja de ser un *collage* de obras sin nexo alguno”².

Dentro de esta pluralidad existen, y en este ambiente se agradecen, las voces que desde la práctica profesional de la arquitectura reclaman una reflexión profunda sobre el sentido de la misma. Así consideramos las de los arquitectos que estudiamos:

Para Alain Bretagnole “Tadao Ando abre el camino. No se contenta con reflejar pasivamente los problemas existenciales de una época; mucho más allá de toda contingencia específica, plantea el problema esencial de la naturaleza del acto arquitectónico, de su significación y de su valor simbólico y universal”³.

Es el propio Tadao quien nos dice: “... es importante hacerse la siguiente pregunta. ¿Qué es la arquitectura? La creación arquitectónica debe ser una crítica de los problemas actuales”⁴. Y así, concreta cuál es el sentido de la arquitectura para él como arquitecto y cuál quiere que sea para los que la han de habitar:

“Mis espacios no nacen de procesos del intelecto, sino de emociones enraizadas en los anhelos de gentes distintas. Esta meta basta para dar sentido a la vida de quien construye edificios. La propuesta que ofrezco a quien use de estos espacios aspira a actuar de intermediario en el diálogo que se establece entre la persona y la arquitectura en base a que los mismos trascienden a los teóricos y hacen un llamamiento a los planos espirituales más hondos. Resumiendo, los espacios por mí concebidos apelan a los aspectos fundamentales de la humanidad [...] Mi propósito es crear edificios que exterioricen signos de vida humana, para lo cual tengo el compromiso de producir objetos que sustenten la vida del individuo y le inciten un sentido existencial”⁵.

Análogos planteamientos llevan a Luis Barragán a afirmar: “Al arquitecto le toca anunciar en su obra el evangelio de la serenidad”⁶.

Y Alberto Campo Baeza declara en este sentido: “Me gustaría que mi ARQUITECTURA fuera

2. TAKI, K., *Tadao Ando: edificios, proyectos y escritos*, Gustavo Gili, Barcelona 1985 p. 12.

3. BRETAGNDLE, A., *El Croquis*, El Croquis Editorial, Madrid 1990, n. 44, p. 193.

4. ANDO, T., “Facing up to the crisis in architecture” recogido en BRETAGNDLE, A., “El mensaje intemporal de la naturaleza”, *El Croquis*, *ibíd.*

5. ANDO, T., “Una cuña en nuestras formas de vida” en *Tadao Ando: edificios, proyectos, escritos*, op. cit., p.12.

6. BARRAGÁN, L., discurso en la entrega del Premio Pritzker, Washington, Junio, 1980, en ÁLVAREZ CHECA, J. y RAMOS GUERRA, R., *Luis Barragán: obra construida 1902-1988*, Dirección General de Arquitectura y Vivienda, Junta de Andalucía, Sevilla 1989, p. 13.

tan PRECISA como la de Bernini
 tan Luminosa
 tan NATURAL como la de
 Barragán, para los hombres.
 Tan DESHABILLE como la de Le
 Corbusier, tan fuerte y tan potente.

NO para alcanzar la fama
 sino para hacer felices a los
 hombres.

NO para ser fotografiada
 sino para ser vivida.

NO sólo para nuestro tiempo
 sino para siempre”⁷.

Entre las obras de estos tres arquitectos –sin merma de su originalidad– pueden establecerse fuertes lazos de conexión. Es común a todas ellas la esencialización de la arquitectura conseguida por simplificación, y manifestada en composiciones mínimas, con exclusión de toda decoración y utilizando un número limitado de materiales. Caracteres que suelen denominarse minimalistas.

Los valores en la arquitectura minimalista

El minimalismo en arquitectura no llega a ser una corriente definida, pero impregna de cierta poética característica a muchas obras de autores contemporáneos. Su diversa procedencia no nos permite hacer una interpretación unívoca; sin embargo, es posible identificar lo que todos ellos comparten: comenzando por el impacto que produce en el observador ese rasgo común de utilizar en su obra los menos elementos posibles.

Suele decirse que el asombro es el inicio de todo pensamiento: de ahí arranca el filosofar humano. Pero el asombro es también la primera reacción ante la belleza⁸. No es extraño, por tanto, que el arte conlleve pensamiento. Asombro que nos traslada a lo primigenio y a lo trans-

7. CAMPO BAEZA, A., *La idea construida, la arquitectura a la luz de las palabras*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid 1996, p. 41.

8. La “Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los artistas” del 4 de abril de 1999, trata este tema del asombro y sus consecuencias en su punto 16, así como otras muchas ideas que están en el trasfondo de esta breve comunicación. “Que la belleza que transmitáis a las generaciones del mañana provoque asombro en ellas. Ante la sacralidad de la vida y del ser humano, ante las maravillas del universo, la única actitud apropiada es el asombro”.

cedente: lo experimentamos tanto ante la Naturaleza como ante la vida humana; es decir, ante todo lo que nos supera, en definitiva, ante toda huella de lo divino.

El asombro, fruto de la contemplación de la naturaleza creada, es renovador continuo de las artes. Ante la pureza formal de algunas creaciones minimalistas de arquitectura no podemos evitar la asociación con una experiencia común: la que todos hemos tenido alguna vez al amanecer después de una nevada. El paisaje habitual –incluso el urbano– se encuentra transfigurado: toda huella diferenciadora ha sido borrada. El manto unificador de resplandeciente blancura acusa solamente sus líneas maestras, las imprescindibles para ser reconocido, y nos sentimos como liberados del caos visual que habitualmente nos envuelve. Se advierte también el especial esplendor de la luz, el silencio y la sensación de soledad que acompañan habitualmente a esta vivencia.

Idéntica es la sorpresa que nos asalta ante la contemplación de estas arquitecturas: allí donde habitualmente encontramos tantas formas y colores, tantos objetos triturados, se ha producido una incomprensible reducción simplificadora. Coincide además, que el blanco o al menos lo monócromo, lo mismo que la indiferenciación formal, es recurso frecuente en estas creaciones. Incluso la inusual iluminación translúcida presente en algunas obras parece imitar esa inconsistencia material, casi líquida de la nieve.

Esta asociación con la Naturaleza no es del todo infundada. Muchas de estas arquitecturas cuentan con ella como con un factor esencial. Una naturaleza controlada, clarificada, que, por ejemplo, se convierte en retablo de algunas iglesias de Tadao Ando, actuando de fondo sobre el que se destaca el símbolo cristiano, la cruz; o se manifiesta en un simple rayo de luz dirigido intencionalmente, o en un único árbol que se convierte así en el símbolo de la vida, dentro de un patio encajado o de hormigón.

Al blanco, “El blanco certero”⁹, dedica Alberto Campo Baeza uno de sus escritos. El blanco en la pintura y el blanco en la arquitectura. Del blanco como recurso al blanco como símbolo trascendente. “El color blanco es símbolo de lo perenne, lo universal en el espacio y lo eterno en el tiempo. Y el tiempo, siempre acaba volviendo blancos los cabellos, y la Arquitectura”.

Quizá por ello es blanca la arquitectura que este arquitecto ofrece al hombre para ayudarle a descubrir su esencia y tantos valores. “¿No es el

9. Publicado en revistas como *Baumeister*, *Arquitectura*, *Casabella* y *Ehituskunst* desde 1991 a 1994, se recoge en *La idea construida. La arquitectura a la luz de las palabras* del mismo autor, op. cit.

blanco como la música callada frente al fragor de la superficialidad que nos acosa? Silencio ante tanto ruido atronador. Desnudez ante tanto ornamento sin sentido. Rectitud ante tanta oblicuidad inútil. Sencillez ante tanta complicación. Ausencia presente ante tanta presencia vacía.”

Simplicidad, eternidad, luz, silencio, soledad son conceptos asociados que están también presentes, conseguidos por medio de otros recursos, en los demás arquitectos mencionados.

John Pawson es en este sentido otro de los maestros reconocidos. Bruce Chatwin destaca que “la pureza y la poética simplicidad de la obra de Kuramata le hicieron vislumbrar una nueva manera de ver el mundo”: la que él está mostrando a los demás con sus propias obras. “El trabajo de Pawson está cerca de ser invisible”, resume el crítico hablando de su proceso de reducción, en relación a los medios empleados. Proceso que se traduce en esencialidad y perfección, porque, en esta música congelada que es la arquitectura, “cuanta mayor es la reducción, más perfectas han de ser la notas”. Pawson ofrece “el confort de la exactitud, de las pequeñas cosas bien hechas”.

En este proceso “cualquier ‘cosa’ que se decida conservar tendrá que demostrar siempre su valor. Cualquier ‘cosa’ inútil que se elimine representará una ganancia”. “Su simplicidad es más bien un intento de resolver el caos visual de la vida diaria, de introducir una sensación de orden y calma.” Sin dejar de resolver todas las cuestiones prácticas, evita que éstas impongan su presencia, y así “logra que hasta los espacios más humildes adquieran una sensación de dignidad y nobleza”.

Estos recursos implican una mayor valoración de lo mostrado: “... cuando ‘nada’ distrae la vista, la atención que se ha puesto en la disposición de un interruptor o una puerta; la curvatura de la grifería sobre una pieza de mármol, o la simple colocación de una silla pasan a tener la importancia de un primer término”¹⁰. Sentimos aquí el eco de la máxima atribuida a Mies –reconocido precursor de esta tendencia– que afirma: “Dios está en los detalles”.

Lo cotidiano deja de ser anodino para recuperar el valor genuino de lo humano. Otro maestro de humanidad en arquitectura, Alvar Aalto, había también dejado escrito: “Los ejemplos mencionados [se refería a detalles de diseño] son sólo problemas sin importancia. Pero están muy relacionados con el ser humano y por esta razón adquieren más importancia que otros problemas de mayor envergadura”¹¹.

10. CHATWIN, B., “Wabi” en *John Pawson*, Gustavo Gili, Barcelona 1992, pp. 9-12,14.

11. AALTO, A., “La humanización de la arquitectura”, publicado en *The Technology Review* (nov. 1940), pp. 14-15 y recogido en el libro del mismo nombre edición a cargo de Xavier Sust, Tusquets Editores, Barcelona 1977.

Una última lección aprendida de Pawson, es que, de este modo, incluso el propio autor se repliega, lejos de toda imposición narcisista, para dejar que sea el usuario en soledad, el que se implique en esa sensación de espacio y luminosidad que con sus procedimientos consigue: “Diseña de tal manera que la mano del autor se mantiene anónima y la artesanía que busca posee la suficiente humildad como para que su intervención parezca invisible”¹².

Octavio Paz reconoce similares resultados en la obra de Barragán, a pesar de la diferente tradición cultural que asume, expresada en distintos recursos arquitectónicos: “La función social de estos conjuntos no está reñida con su finalidad espiritual. Los hombres modernos vivimos aislados y necesitamos reconstruir nuestra comunidad, rehacer los lazos que nos unen a nuestros semejantes; al mismo tiempo debemos recobrar el viejo arte de saber quedarnos solos, el arte de recogimiento. Las plazas, y las arboledas de Barragán responden a esta doble necesidad; son lugares de encuentro y son sitios de apartamiento y de meditación”¹³.

El silencio y la soledad, son expresamente mencionados por Barragán como objetivos de su obra, al igual que la belleza, en unas palabras en las que explica su sentido, con ocasión de agradecer el Premio Pritzker, máximo galardón arquitectónico, que había recibido: “En proporción alarmante han desaparecido en las publicaciones dedicadas a la arquitectura las palabras belleza, inspiración, embrujo, magia, sortilegio, encantamiento y también las de serenidad, silencio, intimidad y asombro. Todas ellas han encontrado amorosa acogida en mi alma, y si estoy lejos de pretender haberles hecho plena justicia en mi obra, no por eso han dejado de ser mi faro [...]

SILENCIO. En mis jardines, en mis casas siempre he procurado que prive el plácido murmullo del silencio, y en mis fuentes canta el silencio.

SOLEDAD. Sólo en íntima comunión con la soledad puede el hombre hallarse a sí mismo. Es buena compañera, y mi arquitectura no es para quien la tema y la rehuya”.

La arquitectura de Tadao Ando abunda también en espacios silenciosos, únicos, trascendentes, que invitan al hombre a encontrarse consigo mismo; lugares de recogimiento en los que se ha pensado en el más mínimo detalle y en el que se ha eliminado todo aquello superfluo que pueda distraer la atención.

12. CHATWIN, B., “Wabi”, op.cit., p. 13.

13. PAZ, O., “Hablando de Luis Barragán” en ÁLVAREZ CHECA, J. y RAMOS GUERRA, M., *Luis Barragán: Obra Construida 1902-1988*, op. cit.

Al enfrentarse a este tipo de arquitectura, surge una sensación de desapego de la materia que cabe interpretar de modo espiritual. Paradójicamente, porque el material tiene mucha importancia; en él residen importantes valores estéticos: se miman los acabados, los ensambles o uniones, los detalles. Pero éstos son cuantos menos mejor; muchos menos de los acostumbrados. Su pureza formal, su limpieza, no permite adherencias, no entretiene, no atrapa el interés. Se diría que la vista resbala sobre ellos o los traspasa mirando más allá de su materialidad.

El hallazgo de los recursos que permiten esta simplificación, lejos de ser espontáneo, supone una búsqueda que comporta –todo arquitecto lo sabe– bastante dificultad. Porque esta arquitectura sigue funcionando, permitiendo la vida en ella, y resuelve también los problemas constructivos, si cabe, con mayor eficacia y pulcritud que las soluciones convencionales. Chatwin pone en boca de Pawson: “No me interesan los experimentos ni los prototipos, no hay nada más exasperante que un techo que gotea”¹⁴. No obstante, la solución tradicional se simplifica o evita mediante el recurso a una mayor creatividad.

Decíamos también que permite la vida, pero inevitablemente –tal como insinuaba Barragán– esta arquitectura lleva consigo un estilo de vida. No todo el mundo conecta con él. Exige cierta predisposición o cierta capacidad de adaptación. Lleva consigo casi una profesión de “fe”. Es necesario aprender a vivir con menos.

Los comentaristas y críticos ven en ella con frecuencia una austeridad casi monacal. La referencia a los monasterios cistercienses es habitual. Pawson, el arquitecto ya mencionado, incluye uno de ellos entre las fotografías de su libro *Minimum*¹⁵, donde se encuentra una personal selección, que manifiesta con unidad poética su sentimiento.

El contenido cristiano de la arquitectura minimalista

Es este desprendimiento de las cosas una enseñanza cristiana, aquí hecha poesía, muy necesaria en nuestro mundo consumista, que debería instaurar “la cultura de prescindir”, como recordaba recientemente en nuestra universidad el Cardenal Ratzinger.

A este propósito es también mencionada la “pobreza voluntaria” designada con el término japonés “wabi” proclamada por los maestros

14. CHATWIN, B., “Wabi”, op. cit., p. 13.

15. PAWSON, J., *Minimum*, Phaidon, London 1996.

16. CHATWIN, B., “Wabi”, op.cit.

Zen, común a las espiritualidades orientales relacionadas con Buda¹⁶. El japonés Tadao Ando conecta con ella, lo mismo que Pawson, quien a los veinticinco años estuvo en Japón enseñando en la Universidad de Nagoya.

Las siguientes palabras de Pawson reflejan su estima de este valor intercultural, y el sentido vital y arquitectónico que le otorga: “La idea de sencillez es un ideal compartido por muchas culturas, todas buscando un camino de vida libre del peso muerto de un exceso de posesiones. Desde el concepto japonés del Zen, hasta el interrogante de Thoreau sobre la simplicidad, la vivencia minimal ha ofrecido siempre un sentido de liberación, una oportunidad para ser consciente del sentido de la existencia, en vez de distraerse por la trivialidad. Claramente la sencillez tiene capacidad para llegar más allá de lo puramente estético: puede ser vista como el reflejo de algo innato, de calidad más profunda, o la persecución de la perspicacia filosófica o literaria de la armonía, razón y verdad. La sencillez tiene una dimensión moral, que implica desinterés y falta de materialismo. El culto a la sencillez ha sido propugnado por casi todas las clases de religiones y sectas espirituales, desde los Quakers a los Budistas, y representados por ellos, además de sus otras creencias, como una virtud que puede purificar el espíritu, y que puede ofrecer a sus miembros un sentido de tranquilidad más profundo”¹⁷.

Mientras, Barragán confiesa, como católico, haber aprendido a través de la arquitectura religiosa, los recursos con que se manifiesta este valor cristiano. “Católico que soy, he visitado con reverencia y con frecuencia los monumentales conventos que heredamos de la cultura y religiosidad de nuestros abuelos, los hombres de la colonia, y nunca ha dejado de conmoverme el sentimiento de bienestar y paz que se apodera de mi espíritu al recorrer aquellos hoy deshabitados claustros, celdas y solitarios patios”. Al mismo tiempo que intenta aplicarlo a su obra: “¡Cómo quisiera que se reconociera en alguna de mis obras la huella de esas experiencias...!”¹⁸.

El arquitecto mejicano va incluso más allá: la religión es para él impulso trascendente de donde nace la pretensión de aspirar a la belleza, que ve como factor imprescindible para una vida humana: “¿Cómo comprender el arte y la gloria de su historia sin la espiritualidad religiosa y sin el trasfondo mítico que nos lleva hasta las raíces mismas del fenómeno artístico? [...] Sin el afán de Dios nuestro planeta sería un yermo de fealdad.”

17. PAWSON, J., *Minimum*, op.cit.

18. BARRAGÁN, L., Discurso en la entrega del Premio Pritzker, cit.

Mas en cada uno de estos arquitectos –a pesar de compartir una misma inquietud– no deja de estar presente la fuerza diferenciadora de su cultura y de su propia tradición vernácula, lo que puede resultar extraño en esta era de globalización.

Se ha dicho que los efectos de la globalización, al mismo tiempo que llenan de posibilidades de progreso, pueden suponer una amenaza de masificación comercializada y vulgar para una arquitectura que no adopte una postura consciente. Este peligro es denunciado por voces críticas: “Cuando se considera la situación contemporánea, se observa que el fenómeno de la universalización va gradualmente invadiendo el mundo entero. Es cierto que la universalización hace avanzar a la civilización, pero también la arrastra a su destrucción fundamental. La historia, la tradición y el clima –los elementos que materializan la arquitectura– son apartados a un lado para dejar paso a la monotonía y a la mediocridad respaldadas por el racionalismo económico”¹⁹.

En estas obras, sin embargo, con frecuencia se busca inspiración en las figuraciones de la tradición local. La búsqueda de las raíces en lo vernáculo, las texturas concretas, la atmósfera y los ritmos geométricos característicos de aquella aparecen elegantemente aplicados sobre abstractos e internacionales esquemas tipológicos y estructurales. El carácter mediterráneo está presente en la obra de Campo Baeza, el colorido mejicano en la de Luis Barragán, así como la delicadeza de la cultura japonesa se identifica con la de Tadao Ando.

En definitiva, esta arquitectura de rasgos minimalistas –con sus muchas variantes, diferentes recursos y entornos culturales– consigue hacer realidad un interés común: la creación de ámbitos que, evitando la dispersión de la mente, propicien una vida más rica, apoyada en los valores más trascendentales. Con diferentes puntos de partida: persiguiendo la serenidad, la pobreza voluntaria, el silencio, la pureza, los resultados que se alcanzan en ella, aspiran a favorecer que el hombre pueda vivir una vida más plena.

El aprecio, la alta valoración que estos intentos están teniendo en los medios arquitectónicos y sociales, no deja de ser un síntoma cultural que llena de esperanza las expectativas ante el nuevo milenio de la humanidad. Con ello queda confirmada la eficacia de un pensamiento que se deja guiar e impulsar por instancias superiores que le trascienden.

Pensamos que las palabras con que Barragán finalizaba el discurso antes mencionado podrían resumir de algún modo el sentido que adoptan las inquietudes de todos ellos:

19. KESTEMBAU, J., “Tadao Ando. La modernidad y sus inquietudes”, *El Croquis*, El Croquis Editorial, Madrid 1993, n. 58 p. 16.

“Hemos trabajado y seguiremos trabajando animados por la fe en la verdad estética de esa ideología y con la esperanza de que nuestra labor, dentro de sus muy modestos límites, coopere en la gran tarea de dignificar la vida humana por los senderos de la belleza y contribuya a levantar un dique contra el oleaje de deshumanización y vulgaridad”²⁰.

20. BARRAGÁN, L., Discurso en la entrega del Premio Pritzker, cit.